



El destino final de Dayu Matsumura

Ángeles en Tokio III

Naru Ishida

No está permitida su libre distribución ni intento de plagio.

www.naruishida.com



Capítulo 28

La Frontera

Ahora la atmósfera era un tanto extraña. Tanto Dayu como Seiya tenían secretos que en beneficio de ambos o por seguridad, no podían revelarse de forma mutua. Sobre todo era más duro para Seiya, ya que no le gustaba ocultar nada, pero se repetía constantemente que era necesario y él mismo se había advertido de ello, pues la vida de su amante estaba en juego, y no podía permitirlo. Al menos no tenía que mentir, solo ocultar lo que había hablado con Saito. Y por otra parte, Dayu intentaba entender también a este, el porqué de su actitud. Ahora sabía que nada le ataba a Azazel y sin embargo...

Pero ambos no tuvieron mucho tiempo para pensar en ello. Tanto Dayu como Seiya recibieron a la vez un mensaje en sus móviles, el mismo mensaje proveniente de la misma fuente: Gabriel.

El mensaje rezaba:

Ha llegado la hora. Vosotros dos haréis el primer turno. Nos encontraremos en el portal donde os daré más instrucciones.

43°31'02.7"N 5°38'40.8"W

Ambos se miraron con asombro.

— Dayu, esto son... ¿coordenadas?

— Así es.

Sin decir mucho más abrieron un portátil y buscaron las mismas en internet. Dayu tenía un presentimiento.

— Asturias — pronunció en un susurro. Seiya le miró con extrañeza pero luego enseguida cayó en la cuenta.

— Eso es...

— En efecto, es el portal de mi mansión, donde... desapareciste.

Un gesto de preocupación se apoderó de Seiya pero Dayu entonces se levantó mientras le revolvía el pelo.

— Está bien, pongámonos en marcha nene, nos vamos a España.

Ahora Seiya parecía muy nervioso.

— De... de acuerdo, habrá que comprar billetes de avión y...

— ¿Avión? De eso nada. ¿Para qué tenemos las alas? —dijo a la vez que le guiñaba un ojo. Seiya se mostró asustado — No te preocupes, aunque sea un viaje largo, nos servirá de entrenamiento. Además, yo cuidaré de ti.

Aunque no podía decir nada, a Seiya se le formó un nudo en la garganta. Dayu se vio sorprendido por un abrazo que le resultó inusual y extraño.

— Te... tengo miedo, nada más — se excusó Seiya.

— Cariño, no necesitas excusas para darme un abrazo. — dijo justo antes de besarle en los labios, con ternura.

Al cabo de una hora, ambos se encontraban en la calle. Ya estaba oscuro y las estrellas iluminaban la noche. Dayu tomó la mano de su amante.

— ¿Listo?

Seiya asintió. Al sentir que le apretaba la mano con fuerza, aquella sensación... le renovaba las fuerzas para asumir lo que vendría.

Corrieron calle abajo, cada vez más rápido, pues así era más fácil para Seiya, ya que desde que se completó, no había tenido muchas oportunidades para volar en serio.

Desplegaron sus alas. Blancas y negras. Luz y oscuridad.

Al sentir que sus pies se despegaban del suelo, Seiya sintió una sensación increíble, como un vacío en el estómago, como si todas sus tripas se encogiesen por dentro. Por un instante parecía que le faltaba el aire. Era algo alucinante, maravilloso. Sentir aquel poder.

Volar.

— ¿Estás bien? Voy a soltarte, ¿de acuerdo?

Seiya asintió mientras sentía el viento azotarle el rostro. Sus manos se soltaron y en lugar de asustarse, Seiya lo sintió por primera vez, aquella sensación de libertad. Dayu sonreía a su lado y comenzó a alardear haciendo piruetas a su alrededor.

— ¡Vamos! ¿A que no me alcanzas?

Rieron y Dayu se colocó por delante. Pero de pronto Seiya dejó de reír y extendió lentamente un brazo hacia adelante. Le observó alejarse.

No, de ninguna manera, no podía dejar que el destino se interpusiese de nuevo entre los dos.

Tuvieron que hacer varios altos en el camino, pero finalmente, llegaron a su destino. Aterrizaron frente a la mansión, un lugar que ahora Dayu recordaba amargamente. Seiya lo notó en su mirada y le dio la mano.

— No me iré a ninguna parte.

Dayu sonrió y avanzaron hasta llegar a la puerta. La abrió.

Todo tenía un aspecto de total y absoluto abandono.

— Después de que desaparecieras y cuando por fin decidí abandonar la casa para regresar a Japón, me disculpé con el servicio y les dije que ya no podían continuar trabajando aquí, por eso todo esta...

Seiya sopló una telaraña que había cerca.

— Abandonado.

— Hola.

Ambos se dieron la vuelta dando un respingo por el susto, incluso Dayu, que se puso la mano en el pecho.

— Joder, Gabriel, ¿quieres que me dé un puto infarto o qué?

El arcángel avanzó hacia ellos con la seriedad que le caracterizaba.

— Seguidme.

Dayu se percató de que por fin descubriría el lugar exacto donde desapareció Seiya, por lo que se le aceleró el pulso.

— Siento que esto sea así de frío, sin ceremonias ni fiestas para celebrar vuestra nueva asignación. Ser guardián es un honor y no todos pueden disfrutar de tal privilegio.

— Por eso no te preocupes "ricitos", ya lo celebraremos a "nuestra manera", ¿verdad nene?

Seiya se sonrojó, conocía lo suficiente a Dayu como para saber a lo que se refería.

Gabriel hizo como que no escuchó aquel comentario y les llevó hasta el sótano de la mansión. Un lugar frío, húmedo y cerrado. Dayu enarcó una ceja.

— ¿Aquí?

— No... No lo recordaba, hasta ahora.

Fue Seiya quien se acercó al lugar exacto donde antaño había desaparecido para llegar hasta el Inframundo. Se plantó delante de una pared de ladrillos, no parecía haber una entrada ni nada que se le pareciese. Además no había niebla, algo característico cuando se atravesaba un portal.

— ¿Estás seguro de que fue aquí?

Antes de poder decir nada más, Seiya empujó un ladrillo con el dedo. Este se encontraba suelto y cayó al otro lado. Dayu entonces levantó una mano y con su poder hizo que el resto de ladrillos cayesen al suelo, formando así un hueco en la pared que se podía cruzar sin problemas.

— En línea recta y en pocos pasos, estaréis en la Frontera. Yo obviamente, no puedo acompañaros. Tan solo os diré lo fundamental: las puertas, todas y sin excepción, deben permanecer siempre cerradas.

— ¿Eso qué quiere de...? — Seiya dejó la pregunta a medias, pues Dayu ya le estaba arrastrando al interior del hueco.

— Ya lo averiguaremos, vamos.

Dayu estaba ansioso por ver lo que ningún ser humano había visto jamás. La Frontera, que según le explicó su maestro, era el eje de todo, el lugar que albergaba el universo. También era el sitio que comunicaba con todos los portales de cualquier mundo, incluso del Inframundo y el Paraíso.

Tomados de la mano, ambos avanzaron despacio y enseguida fueron envueltos por una densa niebla salida de la nada. Tras unos pasos más en línea recta, la niebla comenzó a dispersarse y observaron la edificación que apareció frente a ellos.

Era muy grande, más parecido a un palacio, de varios pisos y múltiples ventanas. Dayu silbó.

— Este sitio es... alucinante. No puedo creer que estemos aquí.

El enorme palacio tenía una gran verja y un extenso jardín cubierto de una neblina baja. Avanzaron a través de ella para llegar ante una escalinata y una gran puerta, la cual se abrió sola.

— Debe reconocer que somos los guardianes. ¿Te das cuenta Seiya? Nadie más puede disfrutar de esto salvo nosotros.

A su lado Seiya asintió con una sonrisa dibujada en su inmaculado rostro infantil.

Cuando entraron en el interior, se quedaron de piedra. Estaban en un enorme hall y todo era de un estilo gótico, parecía un lugar tremendamente antiguo, un lugar que si hablase, probablemente contaría una y mil historias increíbles. Dayu se preguntó cuántos ángeles habrían sido guardianes de aquel lugar.

Continuaron caminando. Había muchos y largos pasillos a cuyos lados había puertas. Todo estaba tan silencioso que no parecía normal, era como estar dentro de un sueño, aquello les parecía irreal.

— Supongo que a esto se refería Gabriel — Seiya señaló las puertas mientras avanzaban por un pasillo. — Deben permanecer cerradas.

Ahora Dayu se acercó a una de ellas y asió el pomo.

— Espera, no sé si es buena idea...

— No te preocupes nene, es que me puede más la curiosidad, ya lo sabes, además solo quiero ver un momento lo que hay al otro lado.

La verdad es que Seiya también sentía curiosidad por lo que dejó que Dayu abriese la puerta. Esta rechinó levemente y ambos se asomaron para observar.

— Vaya... increíble.

Detrás de una puerta normal se encontraría una habitación, pero no de una puerta como aquella. Al otro lado había tan solo un inmenso vacío, negro, ni siquiera parecía haber suelo donde poder pisar.

— Guau.

— Será mejor... cerrar — opinó Seiya. Dayu cerró la puerta despacio y continuaron avanzando.

— Madre mía, yo creo que vamos a necesitar un GPS para movernos por aquí.

Rieron.

De pronto, llegaron a una sala cuadrada bastante amplia, donde terminaba el pasillo. En aquella habitación había tres puertas más, una enfrente y otras dos a ambos lados de donde se encontraban. Estas eran muy diferentes a las que había por los pasillos, eran más grandes y

cada una de un color diferente, al igual que se encontraban muy ornamentadas con diferentes motivos.

Frente a ellos la puerta era de color gris y tanto en el marco como en la propia puerta había hombres labrados. La de la izquierda era de color negro y claramente se veían demonios en aquella decoración más oscura y dantesca. Dayu observó ahora detenidamente la de la derecha, blanca como la nieve, con ángeles labrados en ella y cuyo pomo era dorado.

El mundo humano, el Inframundo y el Paraíso.

Despacio y sin decir nada, Dayu se acercó a esta última y se quedó observando con gesto serio. Fue a poner la mano en el pomo pero lo pensó mejor y se retractó, alzando ahora su brazo lentamente para poner la mano sobre la puerta. Cerró los ojos.

— Dayu...

Seiya le observó con pesar, pues sabía cuánto anhelaba su amante el hogar del cual fue expulsado. Dayu abrió ahora los ojos y luego observó a Seiya.

— Nunca había estado tan cerca.

Seiya le sonrió y se acercó a él, tomando ahora su mano para salir de allí. No pudo evitar sin embargo observar la otra puerta que tenían ahora enfrente, pues recordó haberla cruzado cuando tan solo era un niño. Así fue como Seiya terminó también recluido en aquel oscuro mundo dominado por el más terrible de los demonios.

— A Noriko la encantará este sitio —dijo Seiya para intentar distraerse de aquellos pensamientos.

— Ya lo creo. ¿Cuándo será su turno?

— En tres meses, según me ha dicho Gabriel.

Dayu se quedó pensativo.

— "Y quedan exactamente tres meses para..."

— ¡Ah mira!

El grito animado de Seiya le hizo observar dónde se encontraba. Habían llegado a otra sala donde el universo al completo estaba representado en tres dimensiones. Seiya dio unos saltitos hacia el centro de la gran sala que permanecía oscura y donde múltiples estrellas y planetas estaban representados holográficamente a su alrededor. Estiró ambos brazos haciendo como que los tocaba.

— ¡Mira esto, es genial!

Muy despacio y con una sonrisa, Dayu fue también hacia el centro junto a él. Tomó sus manos y se las puso alrededor de su cintura, tomó su rostro con ambas manos y se encorvó para darle

un beso que sabía a gloria. Despacio, con aquella delicadeza estremecedora. A Seiya le pilló absolutamente de sorpresa.

— Cómo no besarte en un lugar así, si tenemos todo el universo a nuestros pies.

Los labios de Seiya temblaban, sus ojos celestes brillaban, y cuando Dayu le besó de nuevo, sintió que sería incapaz de soportar el peso de su propio cuerpo, pues Matsumura no solo besaba, devoraba lentamente su corazón, poseyéndole por completo. Era la encarnación de lo prohibido, del más puro placer inimaginable. Seiya gimió entre sus brazos.

— Despliega tus alas, Seiya —le oyó decir en tono grave, condenadamente sensual. Seiya obedeció y dejó ver sus alas, tan blancas como la nieve virgen. A pesar de que el lugar estaba oscuro debido a aquel universo en el que se encontraban, todo se iluminó. Seiya parecía el sol. Dayu también desplegó sus alas y le abrazó por detrás, prosiguió con los besos, dulces, apasionados, cálidos, húmedos, hasta que despojó a Seiya de su camiseta y sus manos comenzaron acariciar el arco de sus alas, su cuello y su torso. Este se estremeció entre sus brazos.

— Dayu...

Sin decir nada, Matsumura descendió aún más, posando las manos en las caderas de su amante. Se apretó contra su cuerpo como si le embistiera.

— Ah...

Su virilidad estaba en un estado latente y así se lo hizo constar a su amante. Muy despacio, comenzó a moverse mientras apretaba el vientre de Seiya contra él. Gimió en su oído.

— Seiya... Seiya... tú sí que me tienes condenado... Desde aquel momento, ese día en el que abrí los ojos en tu casa y apareciste ante mí diciendo con ese gesto inocente que cualquiera lo habría hecho... No, cualquiera no lo habría hecho. En aquel momento, Seiya... — le giró para observarle — Me devolviste el alma, y eso no lo podía hacer ningún ser humano. Tengo poder para destruir y dominar el mundo entero, sin embargo elegí rendirme ante tu belleza, elegí sentir tu aliento cuando me besas, te elegí a ti... mi vida, mi alma, mi dulce e inocente niño...

Se observaron, Seiya estaba colorado, se mordía el labio y temblaba. ¿Por qué demonios tenía que decir aquellas cosas? ¿Por qué era tan condenadamente bueno a pesar de todo? A pesar de considerarse alguien impuro, oscuro, casi un demonio...

Aún no le dio tiempo a reaccionar cuando Dayu se despojó de la ropa y se acercó para acariciarle su intimidad.

— Mi niño... estás muy excitado.

Seiya tragó saliva y como siempre, también procuró tragar su timidez, pues quería más que nada que su amante y él mismo disfrutasen aquel momento, por lo que, absolutamente emborrachado de la masculinidad que salía por los poros de Matsumura, Seiya se abrazó a su cuello mientras él le penetraba con suavidad, pues sentirle dentro de él, era lo que más

ansiaba. Demostrarle una vez más su amor, ese amor que no conocía límites, que no conocía el paso del tiempo.

Tras otra embestida, Dayu obligó a Seiya a separar los pies del suelo. Y cuando se quiso dar cuenta, ya estaban a varios metros sobre él. Se entregaron el uno al otro rodeados de múltiples testigos mudos, del universo al completo.

Seiya gemía y lloraba a la vez. Estar en sus brazos era nacer y morir. Amaba demasiado a aquel ser como para dejar que se marchase sin más. Ese sentimiento le hizo reaccionar y ahora fue Seiya quien tomó la iniciativa de besarle. Dayu correspondió al beso mientras le empujaba hacia el placer absoluto, aquel que solo él era capaz de dar.

Algo sucedió justo antes de alcanzar el clímax. Seiya observó con estupor que una fuerte luz salía del cuerpo de Dayu, más concretamente... de sus tatuajes. Las llamas negras del olvido. Le pareció que por un instante, estas brillaron, emitiendo un destallo dorado, pero pronto cesó y sintió que su cuerpo se deshacía en mil pedazos. Dayu gritó y se estiró hacia atrás para eyacular con fuerza a la vez que batía sus alas, fue en ese instante cuando Seiya observó aquel destallo salir de su piel. Se abrazaron mientras comenzaron a descender lentamente, jadeantes, exhaustos, felices... pues nada más, importaba en aquel momento.